Parte 1.
La forja de un villano.

Hola, soy yo. Un ser humano. Nada más.
Los demás siempre me han visto como otra cosa. Un bicho raro, una curiosidad, pero nunca me han tomado en serio.
A los quince años ya dominada veinte lenguajes de programación. A los nueve rompí la seguridad del banco en el que mi padre trabajaba. Uno de mis tutores, quizás la única persona que me trató como a un igual, el señor don Pedro Lara se esforzó porque me admitieran en un programa de estudios avanzados para alumnos dotados. Mis padres querían que yo fuera un chico normal, en la medida de lo posible. Pero no lo era, en mi cuarto había como cinco PC´s desmontados, soldadores, placas base, tres monitores con código en sus pantallas. ¿Normal?, los chicos de mi edad me parecían niños de guardería. Y los chicos mayores, me parecían narcisistas obesionados con su pelo, sus bíceps, o su ropa. Me aburrían enormemente.

En mi casa la relación era normal, llegaba de clases y comíamos juntos, luego me marchaba a mi habitación. Mis padres ni siquiera se sentían orgullosos de que con dieciséis años entraría en la Universidad, lo ocultaban a sus amigos. Así que viví como alguien solitario. Solitario y feliz.

Con veinte años ya vivía solo. Cambiar de ciudad para unos cursos de doctorado fue la excusa perfecta, mi beca cubría todos los gastos, en una época en la que el Estado no daba prioridad a la educación. Vivía en un apartamento de una habitación, con un gato negro de año y medio al que llamé Tesla. Ambos vivíamos en nuestro mundo, yo delante de mi computador, él en sus siestas o mirando por la ventana durante horas. Cuando me iba a dormir, sobre las dos de la mañana nos reuníamos en la cama, él enrollado a mi izquierda, ronroneando, y yo esforzándome por no quedarme dormido con las gafas puestas.

Cuando terminé mi curso de posgrado el Gobierno me había atado con un contrato de 24 meses, al parecer lo firmé cuando acepté la beca. Querían sacar rendimiento a mis conocimientos. No les culpaba por ello. Me dieron la certificación más alta de seguridad, tres psicólogos militares me hicieron todo tipo de preguntas, dos veces me hicieron pasar por el polígrafo, entrevistaron a mis padres, profesores y compañeros, y me hicieron firmar decenas de acuerdos de confidencialidad. Era el tipo más jóven en alcanzar el nivel 1 de seguridad directamente, sin pasar por los niveles inferiores.

El centro nacional de Super computación es una red Europea de seguridad. Básicamente se dedican a procesar toda la información que hay en la red y que tiene que ver con las actividades terroristas que amenacen a la Federación Europea o nuestros aliados, nuestros intereses comerciales, o los altos cargos como Presidente, Ministros, altos funcionarios. Esto último era un poco más difuso, ya que al final era el partido político de turno el que se dedicaba a espiar a los opositores y así sacar ventaja en la campaña de elección.

Cuando yo llegué el CNS se usaba de manera bastante ordenada, había protocolos para todo. Tenías que justificar cualquier cosa que hicieras. En cuestión de dos meses comenzó la precampaña electoral y nos llegaban peticiones de monitoreo al partido opositor y los partidos menores, sondeos de opinión para preparar los programas políticos a gusto del electorado, conocer las intenciones de voto. Vamos, estaban violando el sistema para sacar partido. Era vergonzoso.

Esto era algo que se sospechaba. ¿Qué ganaba con denunciarlo?, ya lo hizo Snowden, y mirad cómo acabó, cuando los Rusos le sacaron toda la información que les interesaba se lo entregaron a los americanos, y estos lo encerraron de por vida. No. Yo no tenía ni la madera, ni las ganas de ser un mártir. ¿Denunciar el sistema?, no servía de nada, la opinión pública era como un niño con déficit de

atención, tras el anuncio de corrupción los de arriba sacarían otra noticia: un tiroteo en una guardería, o las imágenes de un Centro comercial derrumbándose, y la noticia de la corrupción sería historia. Al gran público no le interesa la verdad, le interesa el entretenimiento.

Pero yo iba un paso por delante. Los idiotas de mis jefes ni siquiera entendían en qué consistía mi trabajo, no eran técnicos, sino cargos de confianza nombrados por el partido. Así que cada día, delante de sus narices, me dediqué a Hackear el CNS y a meterme en cada departamento, ministerio, secretaría, creándome una puerta trasera segura.

Uno de mis compañeros, Adrián, había visto lo que hacía y se quedó pálido.

-Yo no he visto nada- dijo con la voz temblorosa.
-Sí, lo has visto- le dije- y estás de acuerdo con lo que voy a hacer.
-Mañana pediré el traslado al Centro de datos de la Seguridad Social.
-Me parece bien, cuando esto explote más vale que estés lo más lejos posible.
En ese momento quedaba un mes para las elecciones. Aún no lo tenía todo listo.

Cada día iba a comer a una cafetería, me llevaba mi Netbook de 250 Euros y trabaja desde allí a contrareloj. ¿Por qué un Netbook?, os parecerá raro, pero un Netbook no despierta sospechas entre los idiotas que estaban por encima mía. Además, mi Netbook estaba modificado por un servidor, tenía una unidad SSD de 1,5 Tb, 16 Gb de RAM DDR4, y una batería condensada de 9 celdas. Además, tenía el destino de un país entero en mis manos. Cincuenta millones de idiotas adictos al entretenimiento basura, y una clase política de 100 mil sinvergüenzas que subían sus sueldos y cerraban hospitales.
Bueno, lo cierto es que no sólo iba a trabajar a aquella cafetería, por más bueno que fuera su sandwich especial, me dedicaba a observar a una camarera larguirucha con ojos dulces que me tenía cautivado. Nunca ma había relacionado con chicas, tuve una compañera de doctorado que no era capaz de mirarte a los ojos. Así que me consolaba con verla traerme la comida y desearme un buen día cuando me traía el cambio. Si las miradas hablaran las mías eran una petición de matrimonio.
Pero quedaba un mes para las elecciones y tenía que terminar mi trabajo. Mis tentáculos se extendían a toda la administración del estado, disponía de uno de los centros de super computación más avanzado del mundo, y de una serie de programas de intrusión que dejaban en mal lugar a Stuxnet. La cámara de Comercio, Hacienda, Fiscalía, las Bolsas de cada ciudad Europea, las cuentas del Estado. No amigos, no soy un antisocial, sino un benefactor. Si algún día me descubren mi foto ocupará un lugar junto con la de villanos, terroristas y malhechores. Lo que no saben es que en realidad le hice el mayor favor a mi país.
Me gustaba verme a mí mismo como un Ender Wiggin contemporáneo, ¡malnacidos!, os salvé de los insectores y ahora me llamais Xenocida. Sois vosotros, humanos, la peor especie, la más peligrosa, anodina, violenta y superficial.

-Estás muy pálido hoy- me dijo Rebeca trayendo mi té.
Me quedaban dos semanas para las elecciones y ya había terminado de hacer las pruebas de una serie de bombas lógicas en cada cimiento del Estado de la corrupción y la diversión cutre.
-Dime, si tuvieras que eliminar algo de esta sociedad, ¿qué sería lo primero que borrarías?- no sé cómo me atreví a hablarle, supongo que estaba tan cansado y febril que ni siquiera me paré a pensar en lo vergonzoso que soy, y que delante mía tenía a la única mujer que iba a amar.
La chica se quedó pensativa. Sonrió e inclinó su cabeza con tal elegancia que saqué fotos mentales para observarlas en las largas horas de insomnio.
-Los que participan en las tertulias todas las noches- dijo segura de sí misma- no... no puedo con ellos.
Anoté en un cuaderno su deseo.
-¿Sólo eso?- le pregunté.

-¿Qué vas a hacer?- me dijo riendo divertida.
-Tú dime de quien quieres que me ocupe y hundiré su reputación.
-Bien, la lista puede ser larga.
-Lo entiendo, ¿qué te parece si te espero cuando acabe tu turno y me das más detalles?.

¿ERA YO QUIEN ESTABA HABLANDO O ERA OTRO?, escuché mis palabras como si las hubiera dicho otra persona.

-De acuerdo, salgo a las cinco, ¿te viene bien?.

No, no me venía bien, salía de trabajar a las seis, pero mis jefes ni siquiera estaban a esa hora. Así que no fue necesario inventarme una excusa, me fui a la cafetería de al lado e hice tiempo, haciendo como que trabajaba, pero con mi mente sumida en un caos. Bendito agotamiento, me había dado el valor para vencer mi timidez. Pero lo mejor de todo, aquel ángel había accedido a tomar un refresco conmigo.

Estuve media hora antes de que saliera, de pie, en la entrada. Pensaba, ¿y si se echa para atrás?, ¿y si la llama su madre recordándole que tiene que acompañarla a su cita con el podólogo?, ¿y si le llama su ex novio pidiéndole perdón?.

Jamás la había visto con traje normal. Estaba aun más hermosa. El corazón se me paró dos segundos. En serio, sentí el pinchazo en el pecho y dolor en el brazo.

-¿A dónde me vas a llevar?, por favor, que no esté cerca de donde trabajo.

Me acordé de una elegante cafetería al lado de mi apartamento, los café costaba más de cinco Euros, así que debía estar bien.

-¿Puedo hacerte una pregunta?- me dijo ella. Llevaba el pelo suelto, le quedaba aún mejor que la coleta que llevaba trabajando.
-Lo que quieras.
-¿Cómo es que te has atrevido a hablarme después de casi un año que vienes a comer a la cafetería?.
-Quizás es porque llevo casi tres días sin dormir. He perdido las inhibiciones.
-¿A qué te dedicas?, perdona la pregunta, pero llevo viéndote todo este tiempo y no sé a qué te dedicas.
-Super computación, seguridad, Firewalls, intrusiones, procesado cuántico de Petabytes.
-Ni idea, pero era lo que pensaba. ¿Eso es lo que estudias?.
-Terminé el doctorado hace dos años y medio. Ahora trabajo para...
-Un momento, ¿que terminaste un doctorado... a qué edad?.
-Unos diecinueve años, casi veinte. Eso explica por qué no sea capaz de hablar con chicas como tú.
-¿Chicas como yo?, ¿a qué te refieres?.
-Chicas tan hermosas como tú.
-Vaya, pues sí que has dormido poco.

Entramos en la cafetería y pedimos nuestras bebidas. Yo pedí un té y me fijé en un gato que desde la calle me miraba fijamente a través del escaparate.

-Y ahora dime, ¿a qué viene esa pregunta que me hiciste?.
-¿Crees en el fin del mundo?- le pregunté.
-No. No creo, no soy muy religiosa.
-Yo tampoco. Pero creo que lo sería sólo por disfrutar de esa creencia. Piénsalo bien, el fin del mundo es como un gran proceso de limpieza. Cuando la suciedad llega a un límite intolerable hace falta algo más que limpiar el polvo, hace falta sacar todos los muebles, alfombras, cortinas, camas, todo, sacarlo fuera y meterle fuego. Y luego hacer limpieza y comprar muebles nuevos.
-Da un poco de miedo, la verdad.
-¿Y no te da miedo el mundo en el que vivimos ahora?. Todo el mundo está harto, pero nadie hace nada. Todo nos quejamos, el FMI pide que nos bajen los salarios, necesitas tres vidas para pagar un piso, tienes hijos a los cuarenta y cinco porque antes no puedes, corrupción, el desmantelamiento de los servicios públicos. Nuestros padres vivieron mejor que nosotros. La fiesta se terminó. <<No hacen falta elecciones. Hace falta un nuevo sistema. El que tenemos ahora no sirve, lo que pasa es que los que mandan en este sistema no quieren

cambiarlo. Ok, eso tiene solución. Yo tengo la solución. Pero antes cuéntame de tí, llevo mucho tiempo deseando conocerte.

Rebeca era hija de padre ecuatoriano y madre española. Ambos separados. Estudió contabilidad financiera y debutó en el mundo de la hostelería después de tres años mandando currículums, y seis meses cobrando el nuevo salario mínimo de 400 Euros en un despacho de Abogados. El trabajo de camarera era, en comparación, la oportunidad de su vida. Le gustaba la música y tocaba el violonchelo, amaba la novela Victoriana, y lo que era más importante, le gustaban los gatos.

Con esa información me sentí el hombre más dichoso. Dieron las diez de la noche y seguíamos hablando, así que fuimos a comer un Kebab cerca de allí.

-Dime, ¿realmente puedes hacer todo eso que me has comentado?.

Mordí mi chorreante rollo de Kebab y medité mi respuesta.

-Trabajo para una agencia del Gobierno que espía todo lo que hacemos. Me he dedicado a abrir agujeros de seguridad en cada institución, banco, sistema, de este país y de algunos de nuestros aliados europeos. Puedo leer los correos del presidente, o poner el escudo de misiles antiaéreos en estado de alerta, puedo hacer quebrar las bolsas del país, puedo vaciar las cuentas del estado y puedo mandarnos a la edad de piedra.

Rebeca pensó que exageraba. Pero antes de hacer una demostración quise que entendiera bien mis motivos.

-Mira. Lo que voy a hacer es necesario para que este sistema no se perpetúe. ¿Sabes dónde estaremos dentro de cinco años?, con dos clases sociales, una mayoritaria, de esclavos, gente que trabaja doce horas para comer y vivir en un piso con cuatro familias más, y otra clase de ricos, pocos, pero felices de tener tanto pobre al que explotar por un plato de puré de patatas. Antes de que pase eso voy a dinamitar el sistema, empezar de nuevo.

-Nunca lo había visto así, pero lo entiendo.

-Ok, ahora te haré una pequeña demostración. ¿Qué quieres, apagón, policías o alarmas de protección civil?.

-Ok, apagón, pero corto, y quiero a los bomberos aquí.

Saqué el Netbook y me logueé. Conocía los sistemas bien, en tres minutos tuvimos apagón en toda la barriada. Cuando la luz volvió cuatro camiones de bomberos entraron a toda prisa y son desalojaron.

-Siento que no te terminaras tu Kebab- le dije. Pero en sus ojos veía que ya era una creyente. Una devota y fiel creyente.

Me sentí un poco mareado. Bueno, la verdad que tenía un mareo de la leche.

-¿Estás bien?, estás blanco como una pared.

La sangre no me llegaba a la cabeza, ¿cuanto tiempo llevaba sin dormir?, casi ni me acordaba. Todo me daba vueltas y las piernas se me doblaban.

Ella me ayudó a llegar a casa. El agotamiento me había pasado factura. Me dejé caer en mi cama, ni siquiera le di las buenas noches.

Parte 2.

El Ragnarok.

Me desperté a las once y media. En realidad me despertó el delicioso olor de una salsa de tomate y carne como la que preparaba mi madre para hacer pasta. Rebeca estaba en mi diminuta cocina.

-He tenido que comprar algunas cosas- me dijo- no tenías de nada.

Mi gato Tesla daba vueltas alrededor de ella, frotando su cabeza.

-Veo que ya conoces a Tesla.

Ella sonrió.

-Siento estropear la velada con mi desmayo, muy poco varonil por mi parte.

-No tienes que pedir disculpas. Ha sido la velada más interesante que he tenido nunca, ¿tienes hambre?, deberías comer.

Nos sentamos a comer.

-¿Hoy no tienes turno?.

-Lo he cambiado con una compañera. Además, ¡el mundo se acaba!. Se te olvidó decirme cuando.
-Queda una semana y media.
-Justo con las elecciones- me dijo- ¿qué planes tienes para el fin?.
-Me gusta ver los fuegos artificiales desde lejos. ¿Te apetece venir conmigo a Finlandia?.
-¿Qué hay en Finlandia de interesante?.
-Glaciares. Los más bonitos del planeta.
-¿Cuando?.
-Pasado mañana.
-Me parece que no tengo planes para mucho tiempo.
-Cuando esto se caiga más vale que te pille fuera. El país saldrá adelante, pero antes habrá una buena purga, seguramente al estilo Francés, con guillotinas en las plazas. No derramaré ninguna lágrima por los ladrones.
-Ni yo.

Comimos juntos y vimos una película de Bruce Willis. Mientras, yo trabajaba revisándolo todo. Saqué los billetes para Finlandia. Sólo ida.

-¿Y después de las elecciones?, cuando.... todo lo que tenga que pasar ocurra, ¿cuales son tus planes?.
-Llevo más de un año intentando hablar contigo, no se me ocurre nadie más con el que pasar el resto de mi vida.

La tomé de la mano. Ella me miró la mano con ojos grandes como platos.

-Es una propuesta seria y meditada. ¿Qué dices?.
-Vamos a ver esos glaciares y discutimos tu propuesta.

Epílogo.

El día de las elecciones, antes de terminar el recuento de votos el mundo se terminó. Las bolsas se hundieron. Los sistemas de emergencias colapsaron. Las televisiones y los diarios online emitían vídeos sobre los robos de la clase política, conversaciones privadas, vídeos con sus fiestas, textos en pantalla que decía: FELICIDADES, HAS VOTADO 4 AÑOS MÁS PARA QUE TE ROBEN. No emitían nada más. Luego vino el apagón. Ni televisión ni radio, tampoco Internet.

Y llegaron los saqueos, los incendios, los ataques a edificios públicos, los linchamientos. El ejército quiso hacerse cargo de la situación, pero no eran capaces de coordinarse. Fueron dos semanas negras.

De las cenizas del caos se crearon comités populares, juicios populares, incluso hubo algunas ejecuciones. Y de los comités de ciudadanos se formó un Comité constituyente, formado por profesores, abogados en ejercicio, comerciantes, amas de casa.

Un nuevo comienzo. Doloroso, sangriento, pero lleno de esperanza.

www.vidasenred.com
Autor: Julio Martínez
Licencia: Creative Commons

Reconocimiento - NoComercial - SinObraDerivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.